

K. S. KAROL

La rebelión de París*

Estable, relativamente próspera, la Francia oficial enfrentaba el año 1968 con optimismo. De Gaulle se preparaba para recoger los frutos de su sabiduría antinorteamericana, pues los movimientos en contra de la guerra en Vietnam, cada vez más amenazadores para los gobiernos atlánticos de Europa Occidental, no tocaban a su régimen.

En el plano económico, el año se anunciaba también bueno, después de un período de semirecesión. La oposición se resignaba, pues, a vivir con De Gaulle hasta el final de su mandato, o hasta su muerte, y agudizaba sus armas únicamente con vistas a una batalla del posgaullismo.

De pronto, a principios de mayo de 1968, unos centenares de estudiantes de Nanterre, en los alrededores parisinos, tuvieron la audacia de levantarse contra este orden feliz y su rebeldía se difundió como un reguero de pólvora en el país entero. Nadie había visto una crisis de esa magnitud, e incluso hoy, la Francia tradicional, el gobierno y la oposición, no llegan –todavía– a dar una explicación satisfactoria de lo que ocurrió durante esos 17 días, durante los cuales por poco se logra estremer seriamente uno de los países industriales más sólidos del mundo.

Resumamos primero, brevemente, los acontecimientos. El movimiento estudiantil en Francia parecía muy atrasado en relación con los de Alemania Federal e Italia. La juventud francesa estaba, aparentemente, menos politizada que en otras partes; el Partido Comunista era débil en ese medio y atacaba descuidadamente los «*groupuscules*» de contestación que existían. En esas condiciones, las autoridades universitarias decidieron hacer uso, a principios de mayo, de la fuerza para llevar a la razón a los «rebeldes» de Nanterre. La facultad contaminada fue cerrada y cuando los rebeldes convocaron un *meeting* en el patio de la Sorbona, el rector llamó a la policía para expulsarlos.

* Tomado de RC, La Habana, 1968; 12: agosto.

A partir de ese momento empiezan las sorpresas. La masa de los estudiantes e incluso de los profesores acude en auxilio de los estudiantes rebeldes, exige la salida de la policía del Barrio Latino y, ante la negativa gubernamental, se enfrentaba a las fuerzas policiales en las calles. La brutalidad de la represión por parte de la policía suscita una indignación general, el movimiento estudiantil se hace cada vez más numeroso y más combativo. En el curso de la noche del 9 al 10 de mayo, los estudiantes construyen barricadas en el barrio de la Sorbona y resisten durante seis horas el asalto de los CRS, de los Guardias Móviles y otras fuerzas especializadas en la represión. Esta vez el país entero está revuelto por la valentía de los estudiantes y por las brutalidades policíacas.

Siendo así, la oposición de izquierda y el gobierno cambian su actitud. La izquierda y el Partido Comunista en primer lugar deciden llamar a la huelga general de 24 horas para el lunes 13 de mayo, convencidos de que ese apoyo masivo le permitirá dominar el movimiento estudiantil y dirigirlo hacia la salida que desea. El gobierno accede a las reivindicaciones de los rebeldes, persuadido de que se calmarán y retornarán a sus facultades.

Los estudiantes vuelven, en efecto a sus facultades, pero para ocuparlas y proclamar una huelga ilimitada en nombre de la Autonomía de la Universidad, pero también en nombre de un rechazo global de la sociedad. El «bautizo de fuego» sobre las barricadas fue para la gran masa una lección concentrada de ciencias políticas y el descubrimiento de una conciencia revolucionaria. Los «despolitizados» de ayer se han vuelto unos agitadores empedernidos de una militancia antes desconocida en las universidades francesas. La tesis de Fidel Castro «actúen primero, la conciencia seguirá» parece confirmarse por la rapidez de esta radicalización. La bandera roja ondea sobre la Sorbona, donde se desarrolla día y noche, un debate apasionado entre los estudiantes, los obreros, los transeúntes.

Pero a partir del 14 de mayo, la Universidad ya no está sola. Los jóvenes obreros, quienes habían participado el día antes de la manifestación nacional de solidaridad, lanzan una huelga sin anunciarla como legalmente se debe y muchas veces sin siquiera consultar sus sindicatos. En el espacio de algunos días, 10 000 000 de trabajadores se unen, paralizando el sector público y el sector privado, y planteando en dondequiera las relaciones entre patronos, obreros y empleados; es un movimiento sin precedentes en la historia de la Francia de la posguerra,

una verdadera revolución cultural que amenaza seriamente el sistema. El gobierno parece desamparado. Los poseedores del orden establecido no se creen suficientemente fuertes como para enfrentarse a ese movimiento y muchos de ellos, sintiendo que el viento cambia de dirección, intentan prudentemente colocarse del lado de los protestadores. Durante varios días, la derecha tradicional ha, virtualmente, desaparecido del escenario político y el gobierno parece desagruparse. El propio De Gaulle se refugió en un mutismo inhabitual.

Pero el Partido Comunista y su sindicato, la CGT, se sienten también amenazados por ese empuje popular, que puede replantear toda su estrategia política y social. No solo no llegan a canalizar el movimiento de los estudiantes, sino que también cree ha logrado practicar en sus seudos [sic], las fábricas y las empresas, para buscar aliados en la clase obrera. La potente maquinaria del PCF y de la CGT se pone pues en marcha, instaurando una represa sólida en las puertas de las fábricas ocupadas e impidiendo a los agitadores y estudiantes penetrar en ellas y divulgar allí su consigna revolucionaria. Al mismo tiempo, la CGT trata de limitar la huelga a las reivindicaciones clásicas, lo menos politizadas posible. Los jóvenes obreros están rápidamente aislados y la discusión sobre la necesidad de cambios fundamentales en la sociedad está sofocada para ceder el lugar a los cálculos sobre las demandas a perinular en el plano de los salarios y de algunos derechos sindicales en el seno de cada empresa.

El poder bascula, pero ninguna fuerza política se presenta para tomarlo sobre la ola de ese profundo movimiento social. De Gaulle y los suyos recogen ánimo y empiezan el juego. El 22 de mayo prohíben la entrada en el país a Daniel Cohn-Bendit, uno de los más populares líderes estudiantiles, de nacionalidad alemana. Está muy mal visto por los comunistas por sus posiciones muy radicales; De Gaulle sabe que no protestarán contra esa medida, y que una herida se abrirá en el frente de los oponentes. Dos días más tarde, propone un referéndum: los comunistas y la federación de izquierda protestan blandamente. El gobierno cerca el Barrio Latino y la propia noche del discurso del general, el 24 de mayo, París es el terreno de una batalla encarnizada entre los estudiantes, ayudados por los jóvenes obreros, y las fuerzas policíacas. El juego prendió también en la provincia: batallas callejeras estallan en Lyon, Bordeaux, Nantes e Itrasbong. La policía, vencida por una «guerrilla» de millares de estudiantes, que levantan barricadas como en el siglo pasa-

do, les dan fuego y luchan sin descanso, se ejerce esa vez una represión todavía más feroz, los comunistas y los sindicatos, en vez de llamar a la solidaridad popular, como el 13 de mayo, se suscriben virtualmente a la versión del Ministerio del Interior, Fonchet, el cual acusa [a] «la chusma organizada» de haber suscitado la violencia. Millares de jóvenes estudiantes y obreros se sienten traicionados; la ruptura con los comunistas es irremediable.

De hecho, los comunistas querían la paz para llevar a cabo las negociaciones sindicales con el gobierno y el patronato. El primer efecto, el 27 de mayo a las 7:30, el ministro Pompidou puede anunciar que después de 30 horas de discusión, las tres confederaciones de trabajadores, CGT, CFDT y FO, han llegado a un protocolo de acuerdo con el patronato y el gobierno que permite terminar la huelga. Una hora más tarde, Benit Frachon, el veterano del sindicalismo comunista, acompaña al secretario de la CGT, Georges Segung en el patio de las fábricas Renault en Bonloque Billancourt para presentar el acuerdo. 20 000 obreros gritan «¡No! No firmen!».

Se dice en Francia: «La clase obrera no va de la misma manera que los obreros de Renault». De todas las fábricas llega la misma respuesta: «No» a los acuerdos de la calle de Grenelle. La misma noche, en el estadio Charléty, 50 000 obreros y jóvenes estudiantes gritan el *slogan* «De Gaulle, de mission» («De Gaulle, renuncia»), «el poder está en la calle».

Invalidados por la base obrera, el Partido Comunista y los sindicatos, no parecen poder ejercer alguna mediación; el gobierno está de nuevo en peligro.

Algunos ya se hacen ilusiones: De Gaulle va a renunciar. Mendès-France y Mitterrand se proponen como presidentes del nuevo gobierno y presidentes de la República; los comunistas, no consultados, insisten para respaldar la nueva solución en cuanto a su derecho de participar al futuro gobierno. Pero De Gaulle no tiene la menor intención de irse. Ha visto muy bien que el PCF, ni tampoco las demás fuerzas de izquierda, ni los sindicatos, relevarán el desafío, irán hasta el final en su enfrentamiento social y político real. Retira la proposición de referéndum, disuelve la Asamblea, convoca nuevas elecciones y amenaza, en los hechos, con hacer intervenir el ejército. Los acontecimientos le dan la razón. Nadie recoge su desafío. Unas horas después de su discurso, la oposición acepta batirse en su terreno, aunque para ella las elecciones

estén perdidas de antemano. Al mismo tiempo, la CGT, acepta seguir las negociaciones, a nivel de las empresas, aisladas las unas de las otras. Los estudiantes se quedan solos, junto con una minoría obrera, para preconizar una revolución.

Día tras día, se vuelve al trabajo en los sectores menos combativos, y Francia vuelve a la vida normal. La «vida normal» no es para mañana en las universidades pero los estudiantes, que fueron el detonador de una explosión a escala nacional, lo pueden esperar, quebrantar en lo inmediato los dos pilares del sistema, su clase dirigente reagrupada alrededor de De Gaulle, y el PCF que encarna todavía las aspiraciones de la clase obrera.

El tiempo, pues, de mirar sin pasión porque los estudiantes pudieron jugar un papel tan grande y porque llegaron a un semi fallo.

El número hace la fuerza, se dice desde siempre, y los estudiantes se han hecho, en esa temporada, muy numerosos en Francia y en los otros países industrializados. La Universidad ya no es una institución para élite, comprende centenares de miles de jóvenes. Los estudiantes, por otra parte, representan una capa social transitoria, flexible y no integrada en el circuito productivo. De ahí viene su debilidad, pero también su fuerza: es muy difícil ejercer una presión sobre esos jóvenes, que tienen necesidades materiales reducidas, que no tienen familia que sostener, ni salario que perder en caso de huelga, que no están acondicionados por el endeudamiento y el temor de perder una situación adquirida. Además, las universidades conservan en todas partes un marco arcaico [de] ninguna manera adaptado a ese crecimiento numérico y cualitativo de los estudiantes. La rebeldía contra «las autoridades académicas reaccionarias» —por emplear la fórmula china— se explica fácilmente y es más bien asombroso que no haya estallado antes. Pero la explosión de los estudiantes franceses deparó muy rápidamente el marco universitario y la facilidad con la cual contaminó otras capas de la población prueba de por sí que tensiones sociales muy graves subsistían en el conjunto de la sociedad. Así fue de pronto demostrado que la integración de la clase obrera a la sociedad de consumo no es más que un mito, que los cuadros y otros «cuellos blancos» no se sienten bien tampoco en el seno del sistema, el cual está aceptado en fin de cuentas solo por una pequeña minoría de privilegiados. A pesar del largo período de estabilidad y relativa prosperidad, el capitalismo avanzado, o el neocapitalismo no supo

pues suprimir sus contradicciones internas, que lo hacen siempre muy vulnerable.

Todo esto es evidente después de los 17 días de mayo en Francia. Pero nada de eso había sido previsto por los dirigentes y los teóricos del movimiento obrero, a pesar de su anti –capitalismo verbal– de los partidos de izquierda, aun los que reclaman del marxismo, se han instalado en unas perspectivas y esquemas parlamentarios. Los estudiantes revolucionarios no podían pues ser entendidos, ni con mayor razón, guiados hasta la victoria por cualquier fuerza política organizada. La conducta del Partido Comunista Francés ilustra maravillosamente la incapacidad de los movimientos que se dicen revolucionarios, a actuar en condiciones revolucionarias. Es inútil hablar de la «traición de los revisionistas» o de «socialdemocracia estaliniana»: el partido comunista no prometió nada, no tomó ninguna iniciativa y por tanto, no traicionó nada. Demostró simplemente en la práctica que se ha hecho una fuerza conservadora, que no aspira a otra cosa sino a la repartición del poder en el seno del sistema para ser a su vez «el coadministrador leal y eficaz» del capitalismo modernizado.

Los estudiantes se han vuelto revolucionarios porque desde el principio, se preocupaban muy poco por la doctrina del Partido: esperaban arrastrarlo en la batalla. Su desilusión agrava su desconfianza frente a todas las organizaciones estructuradas, las ideologías, los programas. Su consigna es ya «espontaneidad e imaginación».

Se han propuesto como meta hacerse un fermento vivo que inspira, que empuja a la acción el resto de la sociedad, no aspiraron, al principio de esa «revolución de mayo», a ninguna hegemonía, a ningún roles [sic] dirigentes en el seno del movimiento que habían provocado. Como lo decía un gran cartel en el colegio del 13 de mayo, pedían que «en la clase obrera recogía de las manos frágiles de los estudiantes» el relevo y la guía de la acción. Esa actitud dio muchos resultados durante la primera fase de los acontecimientos.

Un poco en todas partes, jóvenes obreros, cuadros, hombres de profesión liberal, reclamaron espontáneamente cambios estructurales y pusieron en tela de juicio autoridades hasta ahora intocables. Es ese caos de base generalizado, imaginativo, que creó un clima revolucionario, singular y estimulante, en Francia entera.

Pero una explosión de ese tipo necesita encontrar de nuevo su unidad en la acción, si quiere ser una fuerza irresistible. En un país avanzado

como Francia, no hay nada previo que formular antes de olvidar la perspectiva socialista, no hay, como en China o en Cuba, una consigna sobre la reforma agraria o la independencia nacional, que puede unir [a] todo el mundo bajo la misma bandera. Aquí, la unificación de las rebeliones paralelas no podía hacerse sino en un diálogo preciso sobre la organización inmediata de una sociedad libre y de naturaleza socialista. Pero ese diálogo exige un poco más amplio que el patio de la Sorbona y una doctrina que pueda ser comprendida a la vez por los obreros, los estudiantes y todos los otros partidarios del cambio. El porqué el conjunto de las batallas paralelas no da todavía una revolución que los jóvenes rebeldes de mayo 1968 tallaron.

Ahora, los obreros vuelven al trabajo, las administraciones empiezan de nuevo a funcionar y los estudiantes se quedan solos frente a todas las fuerzas establecidas. Una amenaza de represión planea en el aire y después de las elecciones, el gobierno no escatimará los medios violentos u otros, para reducir al silencio la rebeldía universitaria.

Sin embargo, no creo que los acontecimientos de mayo 1968 puedan ser reducidos a un simple recuerdo de una llama pronto apagada. Una página de historia ha sido nada, la idea de la revolución se mostró contagiosa, se desplaza sin tener en cuenta las fronteras y marca y educa a los hombres. Los estudiantes y sus aliados se verán obligados a sacar una lección de la aventura que vivieron, a encontrar formas de organización no burocráticas que les sirvan de instrumentos para las futuras batallas. Y se puede estar seguro, de que sus amigos de los otros países avanzados harán el mismo esfuerzo, que tratarán de reflexionar juntos sobre la sociedad que desean cambiar y que se mostró más frágil de lo que ellos mismos esperaban. Es pues probable que no asistimos a un final sino solo al empiezo de un proceso que seguirá sacudiendo y transformando la vieja Europa.

(Especial para RC).